Infancia en rebeldía

Por: Patricia Figueroa Fuentes [1]

Recibido el 24 de mayo de 2022
Dictamen aprobatorio: 16 de junio de 2022

Resumen

Se presenta la entrevista realizada el 30 de junio de 2016 en las instalaciones del museo Santo Domingo, en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. En esta narrativa Patricia Figueroa cuenta parte de su historia y su vínculo con la organización Melel Xojobal, AC dedicada a la promoción, defensa y ejercicio de los derechos de niñas, niños y jóvenes. En su mensaje de esperanza está el trabajo conjunto, generar nuevas organizaciones, redes y alianzas.

Palabras clave: derechos, infancia, Melel Xolobal, trabajo infantil

La debilidad y los pescadores

Nací en Manzanillo, Colima, en el Sector 5, un barrio de pescadores. La verdad es que mi casa es maravillosa; desde ahí se ve toda la bahía principal de Manzanillo. Mi padre era pescador y soy la onceava de mis hermanos. Siendo niña tuve que trabajar junto a mis hermanos, cargando materiales para la construcción, porque el puerto todavía era considerado rural.

Recuerdo que cuando tenía cinco años, me daban tres ladrillos para cargar. A los siete años me aumentaron a cinco. Fue cuando los tiré y dije: "Ya no trabajo más. No puedo". Físicamente era débil, muy flaca, y siempre tuve problemas digestivos. Entonces, hice un trato con mis hermanos, y les propuse: "Yo hago sus tareas, ustedes me pagan y ese será mi trabajo". A partir de ahí lo hice, porque a pesar de que mis hermanos eran mayores que yo, habían reprobado el primer año de primaria. Por eso íbamos más o menos a la par.

Foto durante la entrevista realizada. Tomado de: https://www.idesmac.org/ongs/2018/10/29/melel-xojobal/

[1] Secretaria del Consejo Directivo y exdirectora de Melel Xojobal, AC. Estudió Sociología por la Universidad de Colima.

Pie de foto. Entrevista realizada a Patricia Figueroa Fuentes por Guadalupe Cárdenas y Arturo Arreola. Foto tomada de: https://www.idesmac.org/ongs/2018/10/29/melel-xojobal/

Nunca me gustaron las labores pesadas. A veces lloraba y me quejaba: "¿Por qué tenemos que trabajar?", aunque también jugué y caminé mucho en la playa. Íbamos a pescar, porque teníamos que llevar alimentos a la casa. Era malísima pescando. Me ensartaba el anzuelo en la oreja y en los dedos, por eso mis hermanos pedían: "Que no vaya Patricia. Nos enreda las cuerdas".

En esas actividades era un desastre. Mis hermanos y hermanas siempre me protegieron y yo les hacía sus tareas. Era un trueque interesante, y así crecí: en medio del mar, de los pescadores y en la lucha de los cooperativistas de los años setenta. En esa época estaba prohibido que una mujer se subiera a una embarcación. Había todo un mito alrededor de eso.

El tirar esos ladrillos en mi niñez fue un parteaguas en mi vida. Ahí decidí que no quería ni podía hacer eso.

Rebeldía resiliente: la casa no se vende

El tirar esos ladrillos en mi niñez fue un parteaguas en mi vida. Ahí decidí que no quería ni podía hacer eso. Me vomitaba del cansancio, por eso les dije que no podía. Me victimicé a nivel físico. Sin embargo, desde los cinco años aprendí a leer y a escribir. Recuerdo que yo le enseñaba a uno de mis hermanos quien, aunque era mayor que yo, había repetido tres veces el primero de primaria.

En las noches teníamos que acarrear agua para bañarnos. Me dormía a las 12 de la noche haciendo las tareas de por lo menos tres de mis hermanos. Me bañaba, me levantaba y me iba a la escuela, porque entraba a las ocho de la mañana. A los seis años supe lo que era ser responsable, aunque a veces como niños se nos olvidaban esas responsabilidades y jugábamos.

A esa edad nos quitábamos la ropa y nos aventábamos al mar, ya que entre la escuela y el mar solo nos dividía una carretera. Eso sí, no podíamos mojar nuestra ropa, porque nos ganábamos una golpiza.

El aroma del mar no lo pude disfrutar cuando regresé a mi casa, a los 18 años, porque me llevaba a esos recuerdos intensos de vivir un ciclón; por ejemplo, vi que se fue el techo de la casa y que ya no existía más ese hogar y había que reconstruirlo. Así, en cada temporada, los pescadores tenían que empezar de cero. Así fue mi vida y ese fue mi crecimiento, de mucha lucha.

Recuerdo la construcción de las Hadas, el dueño era Atenor Patiño. Decían que era un narcotraficante colombiano. Él quiso comprar el cerro donde nací y crecí, por tener una vista estratégica. Recuerdo que metieron maquinaria para abrir la calle y a destruir las casas. Los vecinos negociaron, entre ellos mi papá, quienes advertían: "La casa no se vende". En esa época tenía ocho años. Todos los niños nos acostábamos en el piso y no dejábamos pasar las maquinarias. Eso me marcó, porque tuve miedo. Ahora no sé si se habrían detenido, pero ahí sigue el cerro y ahí sigue la gente.

Célebre lucha por otro tipo de territorio: el mar

El escuchar de mi padre "La casa no se vende", me hizo pensar que una casa no solo significa un lugar en el que habitas y donde duermes; es mucho más, porque nosotros teníamos un solarcito, un gallinero, árboles frutales de mangos, guayabas y cocos. Todo eso era parte de mi vida. Había un terreno común con árboles de guamúchiles y papayas, donde todas las familias de pescadores podíamos cortar todo lo que quisiéramos.

Los pescadores ribereños se agruparon en una cooperativa en los años ochenta, durante el gobierno federal de Luis Echeverría. Fue entonces que comenzaron a ser pescadores de altura. Mi papá formó a muchos de ellos, y aunque digan que no lucharon por territorio, sí lo hicieron; solo que es otro tipo de territorio: el mar. Lo conocen muy bien. Yo siempre escuchaba a mi papá contar historias sobre el mar y el viento. Recuerdo que nos contaba que el viento del oeste había entrado y que la corriente venía de Chile o de Humboldt, y así fue como desde esa edad escuché sobre esos lugares.

Cuando las cooperativas se crearon, yo estaba en la universidad. A pesar de que me fui, nunca rompí con mis raíces. En mis vacaciones iba a Manzanillo, porque al estudiar sociología me interesaba ver lo que sucedía con la efervescencia de las cooperativas. A veces entraba en una crisis existencial y quería dejar de estudiar, al sentir que me estaba perdiendo todo ese proceso, que aprendería más de la vida que de la escuela, pero también me sentía con la responsabilidad de terminar la carrera, ya que tenía una beca. Además, mi mamá me recomendaba: "Hija, tú tienes que salir de aquí. Ve el ambiente, ve el entorno. Tú, no... Tú tienes que salir", porque mis compañeras ya tenían hijos y vivían al día, pues así viven los pescadores.

Con respecto de los pescadores, recuerdo al presidente Carlos Salinas de Gortari, quien con su concepto de solidaridad los obligó a dar una parte de su cosecha de peces y de camarón. A las seis de la tarde íbamos a una playita a la que llamábamos "Playita del Medio", donde los pescadores sacaban su chinchorro, una red muy grande que echaban al mar a las seis de la mañana. Al sacarla, regalaban peces. La solidaridad siempre existió entre ellos. Ningún pescador compraba productos del mar; siempre había en su casa pescado, jaiba y camarón, hubiera ido o no a pescar. Cuando Salinas impuso

El aroma del mar no lo pude disfrutar cuando regresé a mi casa, a los 18 años, porque me llevaba a esos recuerdos intensos de vivir un ciclón; por ejemplo, vi que se fue el techo de la casa y que ya no existía más ese hogar y había que reconstruirlo.

el concepto de solidaridad, por medio de la donación de un porcentaje de sus cosechas, los pescadores no volvieron a dar más.

Pie de foto. Autor jamin_25_ Tomada de: https://www.facebook.com/jamin_25_-2480681625493555/photos/pcb.2675393976022318/2675393726022343/

Lucha de una mujer universitaria

Ya en la preparatoria, me di cuenta de que ser mujer es una desventaja e implica una doble lucha, porque desde la casa no me dejaban hacer ciertas cosas, como montar bicicleta o cosas que nada más eran "para hombres". Pero eso no lo tenía muy consciente hasta que me pregunté por qué tanta diferencia, y a partir de ese momento empezaron mis cuestionamientos.

Primero quise estudiar Medicina, pero no tuve los recursos económicos. Después hice examen para el área de Químicas Biológicas y no pude, hasta que volví a intentar en el área de Sociales. Comencé a estudiar Sociología en la Universidad de Colima. Eso me facilitó estudiar y trabajar al mismo tiempo. La universidad quiso cambiar el programa de estudios en su totalidad. Pretendían sustituir el marxismo por teorías de sociólogos estadounidenses. Además, proponían que aprendiéramos únicamente con herramientas como la entrevista, el cuestionario, las estadísticas.

Ahí comenzó mi lucha. Esa fue la razón por la que hicimos una huelga quienes formábamos parte del Grupo Morelos. En aquel tiempo, Humberto Silva Ochoa buscaba la gubernatura para sustituir a Griselda Álvarez. Casi cierran la carrera por un semestre. Por eso nos corrieron a toda la generación. Solo dejaron continuar en la escuela a quien se retractara de eso.

Debido a ello, presenté mi examen en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), sin dinero, sin nada. Pidiendo, boteando, pero así llegué. Hice el examen en el Estadio Azteca, y aunque todo mundo tenía miedo de la prueba, yo no. Lo pasé y entré a Sociología. Estuve en Ciudad Universitaria (CU) y participé en el movimiento estudiantil. CU me daba miedo y me perdía con mucha facilidad cuando tenía que ir. Vivía por el eje 10, a unos pasos de CU. Después nos mandaron a la Facultad de Estudios Superiores (FES) Acatlán, de la UNAM. Siempre nos dijeron que fue para que desistiéramos. Pero me gustó Acatlán, al ser una escuela pequeña donde me podía mover.

Ahí aprendí a moderarme y a no decir tantas malas palabras, porque de diez, ocho eran malas. Me fui puliendo y aprendiendo en donde sí y donde no podía hablar así. La verdad, es que los reformistas nos veían como los tibios, al no querer quemar ni pintar un camión. No estábamos a favor de destruir sino de construir.

Éramos un grupo bastante grande, porque todos los que salimos de la Universidad de Colima llegamos a Acatlán. Nos violentaban, debido a que no estábamos de acuerdo con muchas cosas. Después de todo lo que pasó con los líderes, nos dimos cuenta de que no era un movimiento auténtico. Más bien, una plataforma para mover otras figuras.

Me pareció un momento muy esperanzador, al ver que los jóvenes sí sabemos lo que queremos. Las transmisiones que hacían eran para ganar apoyo y adeptos dentro de la población. Ese fue el momento más inteligente que tuvieron, porque no se cerraron. Pienso que ese fue lo más importante de CU. Actualmente, en México seguimos viviendo mucha violencia, porque desde el 68 no han cambiado los modos. Así fue mi juventud.

Primero quise estudiar Medicina, pero no tuve los recursos económicos.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Tomada de https://www.milenio.com/politica/comunidad/unam-continua-tomada-facultad-ciencias-politicas-sociales

Primer acercamiento al trabajo infantil

Terminé la carrera a los 27 años, y me dieron empleo en mi tierra: Manzanillo. Se trataba de una jefatura para coordinar un programa del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), denominado Menor en Situación Extraordinaria (Mese). Coordiné un grupo compuesto por personas mayores y menores que yo. Para poner en contexto, las personas en la costa somos diferentes culturalmente y en general somos mal hablados, chilapastrosos , andamos en short y chanclas. Así es la vida allá.

El día que me iban a entregar el puesto, me citaron en un parque enfrente de la playa. Yo todavía era muy joven y llegué en chanclas y short. Cuando me di cuenta, todos iban de vestido o más formales. Ahí me presentaron a mi equipo. Estaban fascinados de verme, porque algunos habíamos crecido juntos. Nos conocíamos bien y eso me relajó. Ahí tomé protesta del puesto de coordinación en el municipio de Manzanillo. A partir de ahí, pensé que ninguna niña o niño debería trabajar ni ser violentado, abusado ni nada.

El abuso sexual yo lo vi en la infancia y fue horrible. El barrio donde crecí era violento y bravo. Uno no podía entrar a la zona como hijo de vecino si no conocía a alguna familia del rumbo. En mi función, conté con todo el apoyo de la directora y la presidenta del DIF. Les caí bien. Les gustó lo que hacía y mis propuestas, porque cuando acabas de salir de una carrera traes toda la energía y las ideas.

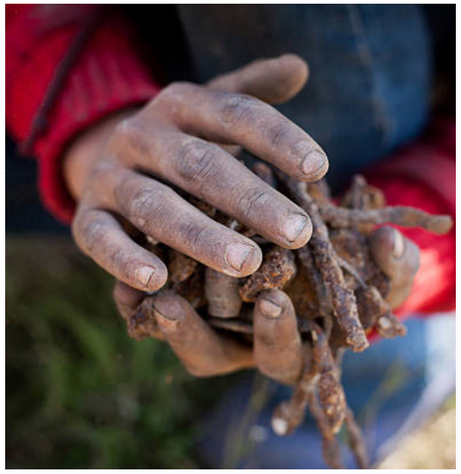
Me dejaron hacer todo lo que yo les planteé. De entrada, hicimos un diagnóstico para conocer la situación en aquel tiempo, a finales de los años ochenta. Aún no se aplicaba el enfoque de derechos. El concepto de menores estaba muy vigente, pero es importante ver como la concepción de infancia ha ido cambiando. Con ese estudio, vimos que el principal problema fue que muchas niñas y niños no tenían hogar. Vivían en pandillas o en los rompeolas del puerto. La mayoría eran hijos de sexoservidoras.

Era un retote, por lo que integramos un equipo de tiempo completo, conformado por tres jóvenes, y otro de medio tiempo que contaba con vehículo, con todos los recursos y dinero. Trabajábamos las 24 horas por turnos. Dábamos seguimiento a las madres y a los chicos que vivían en la calle, conociendo su entorno para que nos conocieran y aceptaran. Toda esa información salió a partir del diagnóstico que se publicó. Sabíamos que había niños boleritos y voceadores que vendían periódicos, pero no se conocían a otros que vivían en pandillas o bandas y que eran hijos de mujeres sexoservidoras. Esto no se sabía.

Tuve la oportunidad de crear y aportar a la sociedad, aunque mucha gente de nuestra edad diga que no hicimos nada; por ejemplo, en la transformación del programa Mese. Puse sobre la mesa que no bastaba con dar asistencia a las niñas, niños y jóvenes, sino que había que ir más allá, pero no sabía cómo. No conocía la teoría de los derechos y vine a conocerla a Chiapas.

En ese tiempo, lo que hacíamos era reportar lo que hacían los niños. Cuidarlos desde su espacio y tratar de reinsertarlos en sus hogares, si es que tenían. Se hacía trabajo social con la familia para volver a unir esos lazos. Ciertamente, los niños tenían familias y solo habían salido de sus hogares disfuncionales o rotos.

Llegué a estar en Puerto Vallarta (Jalisco), el estado de Nayarit, la ciudad de Colima y en muchos lugares negociando con las familias, porque muchos niños eran de ahí. Muchos eran hijos de padres que habían migrado a Estados Unidos y a la franja noroccidente del país: Jalisco, Nayarit y Colima, por eso se quedaban con sus abuelos y con sus tíos.



Trabajo infantil. Crédito: Alexandra_Dinca Tomada de: https://www.istockphoto.com/es/foto/hierro-oxidado-en-las-manos-sucias-del-ni%C3%B1o-gm614637142-106435211?phrase=trabajo%20de%20menores

Chiapas: un universo de posibilidades

La primera vez que llegué a Chiapas fue en unas vacaciones, directo a Comitán. De ahí me invitaron a conocer unos campamentos de refugiados en la localidad de Bella Ilusión. Cuando vi el lugar, pensé: "Quiero vivir aquí". Yo estaba viviendo con mis papás y cuando regresé, les anuncié: "Me voy a vivir a Chiapas". De plano, expresaron que desde niña estaba loca y que siempre tenía esas ideas. Les dije que sí, pero que siempre las realizaba.

Así fue como renuncié a mi empleo, aunque todavía esperé un semestre para entregar el puesto. En ese momento estábamos gestionando un terreno que la Marina iba a utilizar para construcción. Eran diez hectáreas para hacer toda una sección para los niños. La idea era que hubiera un área de deportes y talleres. Todos los planes se quedaron y vine a Chiapas. Al Llegar, conocí a Gonzalo Ituarte, porque también vengo de un sector de formación eclesiástica de la teología de la liberación.

El primer contacto lo tuve con Judith, una médica. Comencé a trabajar en la subjefatura del proyecto en la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar). Ahí gané lo que nunca habría imaginado, hasta me sobraba dinero. Hicimos muchas cosas con ese sobrante del dinero, porque —en vez de ahorrarlo o comprarme cosas— lo invertí en mis propios ideales.

Ahí conocí la situación de los campamentos de refugiados. Nos tocaba recorrer 122. También me tocó estar en un proyecto de educación y salud, otra vez con los niños. Nadie me dijo que me haría cargo de ellos, pero así pasó. En ese entonces daba consulta; no sabía mucho, pero había que hacerlo.

Llevaba como año y medio, cuando de repente nos corrieron. Tuvimos que demandar y ganamos los salarios, todo eso, después de tres años**. Con dinero** en mano vi que era momento de migrar. Fue así como vine a estudiar la maestría en el Colegio de la Frontera

Crédito zms tomada de https://www.istockphoto.com/es/foto/mano-en-el-mango-de-una-carretilla-gm1163218483-

Sur (Ecosur) y formé parte de la segunda generación de 1995.

Bosquejos de Melel Xojobal

Cuando aún era estudiante, se empezaron a estrechar nuevamente los lazos con Gonzalo, quien me comentó sobre una escuela que pensaban abrir para los niños que estaban sin hacer nada en la plaza de Santo Domingo. Le conté que yo había trabajado con niños, y entonces lo planeamos con varias personas; entre ellas, Fernando Limón y con compañeros que traían toda una tradición de apoyo y solidaridad. Cuando comencé mi investigación, dijimos: "Ya es el momento de conformar una organización". Así que parte de mi salario de Ecosur se fue al proyecto de Melel Xojobal. Fuimos tres los que lo iniciamos.

Luego se negoció con la Fundación Bernard van Leer, de Holanda, para obtener un financiamiento de tres años. Fue así como realizamos un diagnóstico, incluyendo el ítem de religión, Fue muy importante porque la mitad eran católicos y los otros protestantes de "N" cantidad de denominaciones. Con base en ello, fue interesante observar que se estaba dando un rompimiento social en 1996.

Melel surgió como idea en 1995, pero se estableció formalmente en 1997. La investigación se hizo en 1996, año en el que se entrevistaron a quienes atendían los puestos para conocer qué pensaban acerca del trabajo infantil y en qué condiciones se hacía. Conforme íbamos haciendo la investigación, como Melel nos íbamos formando en el sentido de que se hicieron proyectos con necesidades sentidas.

En primera instancia, se formó "Arrumacos" dirigido a niños de 0 a 4 años. Fue una respuesta a las peticiones de las familias para que se abriera un preescolar. La verdad, no teníamos la capacidad para hacer eso. No sabíamos cómo, pero la demanda existía. Comenzamos con tres niños, después teníamos 40. Al final terminó rebasándonos, aunque sabíamos que era una necesidad para que los niños no estuvieran gateando en los puestos.

Melel tiene un área de comunicación que surgió por los dominicos. Era su proyecto, pero decidimos aprovecharlo. Primero, nos dimos cuenta de que en el 96 y 97 ya existía un sector de población infantil que se ocupaba en el comercio informal y en distintas cosas. Después distinguimos que los niños dedicados al ambulantaje eran los más pobres, junto con sus familias. De igual forma, identificamos la existencia de una red de artesanos de Santo Domingo, cuyo líder el principal era Domingo López Ángel.

Notamos la necesidad de transformar muchas cosas, aunque esto significase violentar la cultura en la ciudad. En ese tiempo no había baños públicos en Santo Domingo ni en la Plaza Catedral, por eso era común ver que la gente defecaba al aire libre. Decidimos resolver esta problemática y dialogamos con el presidente municipal en turno para gestionar la construcción de los baños, pero fue hasta que la gente se organizó cuando esta obra se llevó a cabo.

Esta acción se realizó con base en el diagnóstico, hecho que garantizó la pertinencia del proyecto, porque se hizo a partir de necesidades sentidas y del estudio acerca de la relación de la falta de higiene en esa área con la prevalencia de casos de tuberculosis. Encontramos que la gente provenía del municipio de Chamula, del estado de Oaxaca y de Guatemala. Del mismo modo, había jacaltecos, zinacantecos y uno por ciento de ellos eran choles.

Se detectó que la principal causa de la migración de los grupos fue la expulsión de sus comunidades de origen, debido a causas políticas y —sobre todo— religiosas, de forma más recurrente, de Los Altos de Chiapas. Al

Tomada de: https://www.facebook.com/melelxojobal/photos/4681079138614629

dar seguimiento a la labor de Melel, se encontró una transformación con niñas y niños, porque muchos aprendieron a leer y a escribir y ahora son jóvenes o padres.

Cimientos y pilares de Melel

Al principio, Melel no tenía un enfoque de derechos y así se empezó a trabajar, aunque se realizó un diagnóstico y vimos que había una necesidad que requería atención, y a que se buscó, desde el inicio, contribuir a que niñas y niños aprendieran a leer y a escribir, así como garantizar el acceso a la alimentación.

Después de cinco años, conocí la Red por los Derechos de la Infancia en México y ahí me capacité. A partir de un diagnóstico al interior de Melel, se transformaron sus políticas, o más bien se hicieron las primeras. Esa etapa contribuyó a fortalecer a Melel y a alcanzar madurez en cuanto a su posicionamiento político, frente a la obligación que tiene el Estado de trabajar con un enfoque de derechos. También analizamos la importancia de incidir en las políticas públicas para promover los derechos de la infancia a la educación, a la vivienda y al vestido, por ejemplo.

Todo esto se aplicó a las y los niños, pero esa primera etapa fue muy difícil. No sabíamos cómo transmitirles estos temas; sobre todo, porque las madres mencionaron lo difícil que era pelear los derechos y al mismo tiempo conservar un trabajo, puesto que en 1994 toda persona que luchara por ellos era relacionada con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

En esa época hubo un cambio radical en la ciudad. Predios privados y los de la zona norte y sur fueron ocupados. Todos estos territorios rápidamente se convirtieron en colonias urbanizadas precarias, y el problema —hasta la actualidad— es que no se tiene la capacidad económica que permita la subsistencia de una población tan grande de migrantes. No existen tantos empleos, por eso la informalidad irrumpe tremendamente.

En este panorama, son las niñas y niños quienes juegan el peor papel, el

más vulnerable y más difícil. Esto puede ser una contradicción, porque a partir del 94, el espacio público se restringió, y por otra se abrió en términos de los horarios. Antes no había espacios, y en la actualidad, es posible ver que la plaza central no cierra. Por otra parte, desde el 94, las mujeres comenzaron a ocupar espacios de poder.

Crédito: ilustración de Carlos Mendoza. Tomado de: https://piedepagina.mx/san-cristobal-de-las-casas-de-pueblo-magico-a-centro-de-reclutamiento-de-ninos-indigenas/

Es válido pensar que el trabajo infantil ya existía, pero no era visible. El movimiento del 94, además de evidenciarlo, multiplicó estos temas. Ello significó un cambio radical para la ciudad; de alguna manera, hizo inevitable que surgiera una organización como Melel, la cual nace de una necesidad sentida de estructurar algo que tenía que transformarse. Asimismo, significó una ruptura con el paradigma del Estado de Bienestar, ya que la idea original era que los niños no tenían que trabajar, situación que cambió a raíz del neoliberalismo, dado que se les despojó de los pocos o muchos derechos que habían obtenido. En este contexto, Melel hace una lectura innovadora del tema, con base en ideas tan importantes como la de los zapatistas y los cafeticultores orgánicos, bajo la premisa de que las y los niños tienen derecho a trabajar.

Los derechos de la infancia

El primer acercamiento me causó un choque y me remitió a mi infancia. Había pensado que ningún niño o niña debía trabajar, pero, cuando me di cuenta de la realidad en la que viven y que el único momento que tienen para interactuar y ser sociales con otros es cuando están en el espacio público, vi la importancia de pelear por los derechos, porque el gobierno jamás se los garantizaría per se, si ellos no los toman.

Llegué a esta concepción sin pelear con el gobierno, pues —aunque al principio no estaba de acuerdo con

Tomado de: https://www.educatolerancia.com/20-de-noviembre-derechos-de-la-infancia/

el trabajo infantil— con el paso del tiempo y al tener contacto con los niños adolescentes trabajadores de Nicaragua, El Salvador y Brasil, observé toda la organización y el reto al que se enfrentan para formarse, para que al cumplir 18 años funjan como líderes que contribuyan al acceso de las y los niños a sus derechos.

En Melel compartimos ese objetivo, el cual no se ha logrado del todo. Se pretende lograr un movimiento de niños y niñas para que accedan a un trabajo que les permita seguir estudiando, garantizar el derecho a la salud física y mental, intentando con ello contribuir a la erradicación del sexoservicio y la trata.

En aquellos tiempos en los que yo participaba, eso era imposible. Aún no se conocían estos temas. Pero me tocó ver el sexoservicio en la infancia; en particular, casos de niñas. A través del diagnóstico de Melel, se encontraron casos por la colonia Primero de Enero. En el mercado cercano al entonces Instituto Nacional Indigenista (INI), se realizaban peleas de perros y cosas espantosísimas.

Por amenazas de muerte, tuvimos que salir de la zona para evitar exponer la vida de los integrantes de Melel, si bien el equipo quería seguir. La realidad era espeluznante. Nos encontramos con casos de explotación infantil, venta y trata de niñas y niños. No había condiciones para continuar en esa zona ni sabemos si ya las haya, pero en ese tiempo las autoridades, la Policía Judicial, así como los medios y bajos mandos estaban coludidos. Algo que tenemos claro, es que en el trabajo con la infancia no se trata de exponer la vida.

Alianzas por la infancia en San Cristóbal

Quisimos hacer alianzas, pero no había organizaciones dedicadas a este tema. Lo que se logró, fue establecer el diálogo con Domingo López Ángel y Manuel Collazo, quien tenía un poder impresionante y que —de alguna manera— administraba ese territorio. Esto facilitó nuestra misión; sobre todo, cuando los policías sacaron violentamente a los niños del parque, quienes intervinieron y negociaron por nosotros. No lo sabíamos hasta que Domingo López nos lo confirmó. En la actualidad, se están haciendo alianzas con el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de Las Casas (FrayBa) y con Desarrollo Educativo Sueniños, AC, porque se están cuestionando la importancia de contar con un área de

derechos de la infancia.

En el periodo de las ocupaciones, se da una transición rápida de lo rural a lo urbano, y se da un periodo de ajuste hacia lo urbano para ser una zona urbano rural. Es posible observar que, en el medio rural, el trabajo infantil es parte de la vida. Desde pequeñas, las niñas ayudan a sus madres en la crianza, y los niños realizan actividades relacionadas con la producción; todo, en condiciones de alta precariedad, como en las zonas y barrios invadidos. En general, existe la necesidad de que las niñas y los niños colaboren en la economía familiar. De esta forma, pueden observarse dos tipos de trabajo: el que se realiza dentro de la familia y otro que se da en condiciones de explotación.

Con base en el diagnóstico, realizado de casa en casa en las comunidades expulsoras de la Hormiga y Getsemaní, se encontraron casos de niñas y niños encerrados o amarrados en sus casas, con un alto nivel de vulnerabilidad ante riesgos. Por otro lado, muchas madres decidían llevárselos a vender para que aprendieran. El concepto de trabajo en casa y en el campo no existe, dado que no se obtiene ninguna retribución económica por dichas labores.

Niñas y trabajo infantil

Existe una diferencia entre los riesgos que corren un niño y una niña, porque ellas son las responsables de los más pequeños y de lo que les suceda a los hermanitos. Hay más niños que niñas en la escuela, por eso ellas dominan menos el castellano. También se han visto casos donde las niñas son vendidas y, a cierta edad, se tienen que ir con la familia que pagó por ellas.

La violencia estructural hacia las y los niños es muy fuerte. De hecho, una pequeña parte ha terminado la preparatoria o la universidad. Recuerdo a un niño que trabajaba de bolero; siempre quiso ser médico y ahora está estudiando para serlo. Juan, un niño de cinco años, llegó a Melel un viernes, porque lo habían corrido de su casa. Se suponía que debíamos llevarlo al DIF, pero como no había una política de atención clara, decidimos cuidarlo como un hijo, así que fue rolando de casa en casa. Preferimos eso a que terminara en una casa hogar en Tuxtla Gutiérrez. Ahora estudia enfermería y es carpintero. A su vez, Mario decía: "A mis hijos los voy a enviar a la escuela y no los voy a mandar a trabajar". Hoy, esos niños están en la escuela. En este sentido, se ha dado un cambio en comparación con la generación anterior, aunque sea un pequeño porcentaje.

Innovación y liderazgo en el tema infantil

En cierto momento, Melel asumió un liderazgo que se logró a través del ensayo y error. Nunca olvidé mis lecciones en las comunidades de base; por ejemplo, de El Salvador y Nicaragua. Hubo un periodo que ya no me gustó, porque —a pesar de que se integró el enfoque de derechos— hacía falta la parte humana y la interacción entre los niños y las personas adultas. Es importante luchar por los derechos, pero sin perder la humanidad.

La burocracia es una realidad para todas las organizaciones, en general, y si ha habido una transición y un cambio, ha sido por las exigencias. Ante esto, creo que le toca a la gente joven que se está formando con la tecnología y que quizás quiere luchar por un número o por una serie de criterios que alejan de la gente, ya que cada vez hay más exigencias por entregar reportes, aunque siempre se han hecho, pero no de esta manera absurda.

Es como que algo está manejando todo y eso provoca la pérdida de humanidad. Cuando me di cuenta de esto, dije: "No más", y me atreví a estudiar Medicina, aun estando en Melel. Fue una locura, pero significó tirar los ladrillos otra vez para comenzar con algo nuevo, y ahora me fascina atender a los niños desde ahí.

El sociólogo James Petras dice que entre los financiadores y las organizaciones se rompió el parternariado , porque antes no se les veía como financiadores sino como socios. A los que les interesaban los temas, compartían con las organizaciones y se involucraban funcionalmente en los proyectos. Esto ha cambiado; ahora se está transitando a controles más estrictos. Antes, todo estaba basado en la confianza, y ahora es lo contrario.

Este tema ha sido muy difícil, porque en las asociaciones civiles se dio de todo, tanto la confianza plena como el abuso, así como buscar la sobrevivencia por realizar un trabajo de calidad y profesional. Sin embargo, esta transformación tan burocrática, tan técnica y tecnológica está provocando la pérdida de momentos importantes en la vida de cada uno.

Las organizaciones están haciendo con mucho profesionalismo una tarea que le corresponde al gobierno y que implica altos costos. Se puede comprobar si hiciéramos una encuesta con las personas integrantes de esos grupos sobre ¿cuánto tiempo pasa con la familia?, ¿está siendo feliz?, ¿va al cine?, ¿ríe?, porque reírse es una parte muy importante de la vida.

Está pasando algo muy raro. Cada vez hay más enfermedades relacionadas con el estrés y una serie de situaciones que nos están vulnerando. No sé si al interior de las organizaciones se den este tipo de cuestionamientos, pero yo consideré: "Esto no lo quiero vivir. Prefiero retirarme al mar y vender ceviche que vivir esa tensión", porque en la maestría me hicieron una cirugía de columna, por las exigencias de publicar y demás cosas que implica tener una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). En ese momento, dije: "No quiero eso, porque no me hace feliz".

En definitiva, se está dando una ruptura fuerte. La generación fundacional del movimiento civil de Chiapas ya se enfermó, se cansó, se quemó, como consecuencia del nivel de exigencia tan fuerte que ejerce el entorno y —posiblemente— de la autoexigencia. Somos de la generación que se autoexige, sin duda, pero también los jóvenes y las nuevas generaciones se están formando de manera más individual, debido a la tecnología. Me han preguntado por qué no hago publicaciones en Facebook para mis pacientes o por qué no tengo un blog. No me interesa ni quiero.

Volviendo al paradigma de la contemplación

Este camino me llevó de nuevo a mis raíces y a reconocer en los pescadores esa idea que los separa del campesinado, el disfrute y la contemplación que tenían. A veces veía a un pescador viendo al horizonte y al mar, disfrutando la contemplación plena, algo que el campesinado no puede hacer por falta de tiempo. Los tiempos en el mar son otros. En época de lluvia había que ahorrar, porque el pescador se dedicaba a tejer sus redes, a limpiar la embarcación, a beber y a no hacer nada. "Nada" es mucho. Siempre decían que los pescadores eran egoísta. Yo imaginaba: "Quiero mi tiempo de egoísmo. Me lo debo ahora que puedo. Estudié Medicina y es el momento".

Melel tiene ya su camino. Las bases están firmes y se sigue haciendo un trabajo profesional con las exigencias técnicas que yo no quería seguir, pero que, de alguna manera, son buenas para responder al contexto actual. Me empecé a formar dentro del campo de la Medicina y estoy feliz. Doy consultas a los niños en las aldeas y sigo estando cerca de ellos desde ahí.

Siempre pensé que los niños no tenían

por qué crecer con tantas carencias, sufrimientos. A lo mejor es un ideal que no existe, pues no sé si hay infancias hermosas, porque la infancia te confronta, te caes y te levantas. Desde ese momento, decidí darme un tiempo para mí. Ya no me importa que me digan que no soy marxista o leninista. Es necesario romper con

paradigmas y, actualmente, la sociedad los está rompiendo. Esta crisis actual nos está llevando a deconstruir y construir un nuevo paradigma de vida.

Pienso que hay un cambio de nuestra generación con respecto de las nuevas. Yo lo logré haciendo un poco de distancia con los que fueron los fundadores de Melel. Antes, para mí era muy importante la crítica de la Iglesia, porque también me formé ahí, pero ya no tiene el mismo efecto. Ahora dicen que los jóvenes ya no quieren sacrificarse y que no quieren dar más de su tiempo, que no son solidarios. En realidad, no sabemos cómo lo están viviendo ellos. Lo que pasa es que a nosotros nos formaron para que diéramos la vida entera, pero y a qué hora dormíamos en trabajos de 24 horas y al siguiente día medio descansábamos. La revolución no descansa, y si descansar me hace burgués, pues soy felizmente burgués.

Panorama de la infancia a diez años

El panorama a diez años se ve complicado. Creo que por eso han nacido organizaciones semejantes a Melel, porque ya no es fácil hacerlo solos. A la Comisión Nacional de Derechos Humanos o al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humano les corresponde este tema. Al parecer, se creará una nueva oficina para la atención de los derechos de las niñas y los niños, debido a que hoy en día la trata está creciendo mucho en Chiapas; sobre todo, en Comitán.

En realidad, nadie está volteando a ver el problema. Aunque se están haciendo esfuerzos, no se tiene mucha información, porque es un trabajo que requiere mucha discreción. Además, las mafias se han fortalecido, y con ello sus alianzas. El futuro inmediato traerá una crisis humanitaria con respecto a la infancia. Por otro lado, yo creo en la resiliencia de un gran sector de la población infantil que ha logrado fortalecer sus vínculos familiares, y esa infancia va a seguir construyéndose como seres humanos.

En general, las organizaciones se tendrán que alinear o desaparecerán. No creo que puedan sobrevivir, a menos que el gobierno les permita ciertas formas. Las que atienden la infancia van a crecer y a fortalecerse, al existir apoyo de muchos países; sobre todo, de Estados Unidos y Canadá, así como de Europa.

Personalmente, quiero consolidarme para tener la posibilidad de disfrutar más y de tener salud. Al final, tengo una formación que no he podido cortar de tajo, y ello me ha impulsado a crear una red de terapeutas, la cual inicié en Coordinación Diocesana de Mujeres (Codimuj), donde se dan consultas gratuitas. Recuerdo que la primera vez tuvimos 300 consultas y la segunda vez pedimos que se redujeran a 100.

Es muy interesante, porque se sembró la semilla de la solidaridad, al dar trabajo a los jóvenes. Les está gustando, si bien esto no quiere decir que siempre regalarán su trabajo, pero al menos lo están haciendo un día al mes. Cuando golpearon a los maestros en Tuxtla Gutiérrez, fuimos a ayudar. Aunque parezca una obra asistencialista, yo lo hago por la consciencia de que es un derecho importante. Pienso que esto es muy esperanzador y creo que toda esta crisis nos está llevando a repensarnos como generación y que es tiempo de darnos a nosotros mismos para poder seguir dando a los demás. Sé que en diez años nos vamos a ver.

De alguna manera, están cambiando las condiciones a nivel global. El mundo nunca se detiene y hay vuelcos en la historia. Parece que este sistema tan hegemónico y pesado ya encontró sus propios límites. La diferencia de hace 20 o 30 años es que nos ofrecieron puestos para hacer lo que pensábamos. Si en ese entonces no sabíamos qué hacer, hoy lo sabemos bien. Tenemos toda esa experiencia que soporta ese hacer. Hay una seguridad y una conciencia de la necesidad de reconocer que cuidarse y darse un tiempo para uno mismo no es traicionar a nadie ni a las causas sociales.

La vida y el mar se deben disfrutar. Confío mucho en los jóvenes y creo que ellos tienen la posibilidad de aportar y desarrollar nuevas ideas. Así como a nosotros nos dieron el espacio, los jóvenes deben luchar por tener otros y lo están haciendo. Es maravilloso lo que veo ahora en estas nuevas luchas de jóvenes creativos. No permitan que su espíritu se muera.

Pie de foto. Bahía de Manzanillo y Santiago, Colima. Tomada de https://www.playas.com.mx/playa/mexico/178/bah%C3%83%C2%ADas-de-manzanillo-y-santiago